

Deber y condiciones de eficacia

Tercera parte

Instrumentos y métodos

Capítulo VII

Fórmulas de acción masiva

por

JEAN OUSSET

DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

TERCERA PARTE

INSTRUMENTOS Y METODOS

CAPÍTULO VII.

FORMULAS DE ACCION MASIVA

Con esta apelación queremos designar a esas coaliciones, a esas agrupaciones, a esos partidos únicos, que muchos tienden a considerar como las únicas fórmulas de acción eficaces, como las únicas fórmulas de salvación.

Fórmulas de masa. Fórmulas de intensa concentración.

¿Se pueden admitir?

¡Ciertamente!

Pero no sin reservas. Con grandes precauciones. A condición de no concederles ese carácter de fórmula soberana, que tienden a reivindicar, como efecto psicológico de su masa.

Pero por "cualitativos" que queramos ser para elegir los medios de acción, sería insensato desconocer la importancia eventual de la cantidad, es decir, de esos movimientos, partidos, agrupaciones, coaliciones de efectivos elevados, cuya fuerza reside en el número.

Pueden ser indispensables.

¡Y salvadores! Sobre todo en determinados períodos de crisis agudas, en los que el efecto de una manifestación en masa puede ser decisivo.

Ha sido en este sentido, sobre todo, de fórmula global en el que, hace tiempo, un cardenal Pie o un San Pío X han podido hablar de un "partido de Dios". Fórmula de adhesión ideológica,

mucho más que fórmula de acción concreta convenientemente organizada para ejercer una influencia duradera y continua.

Ya lo hemos dicho: para ser eficaz, para ser más vivificadora que ortopédica, la acción debe ser multiforme, juiciosamente variada.

Es una ley natural, que ni la misma Revolución ha podido dejar de respetar para asegurar su propio éxito. Aunque esencialmente totalitaria, no ha conquistado el mundo con un solo partido, sino con una gama de partidos, con un número cada vez mayor de obras diversas. Organizaciones que, al servicio del comunismo, son llamadas "correas de transmisión".

Descentralización. Variedad y complementariedad de los cuerpos profesionales, tal es el orden que hay que promover en el mundo del trabajo. Variedad y complementariedad de los cuerpos sociales, tal es el orden que hay que promover para asegurar la vida armoniosa y fuerte de la Ciudad. Variedad y complementariedad de las obras, de las fórmulas, de los movimientos, tal es el orden que hay que promover en nuestra propia acción para su mayor eficacia.

Peligros de gigantismo.

Como se ve, FIN y MEDIOS se ordenan rigurosamente. Y sería locura creer que una lucha tan compleja pudiera ser convenientemente llevada por un solo organismo, por un solo partido, por un solo periódico, por una sola revista...

Fórmulas asfixiantes mientras pretendan asumirlo todo, mientras no puedan manifestarse más que oponiéndose a otras, mientras no se legitimen más que por la exclusividad. Porque no se concibe su progreso más que gracias a la supresión o a la absorción de organismos vecinos, que en realidad son complementarios. Su verdadero motor es la sed inextinguible de efectivos.

Aparatos gigantescos que, para ensayar la ejecución (¡sin lograrlo!) de las tareas que se imponen, deben planificar, esquematizar y, por lo tanto, mutilar esa acción deseable. Una hiper-

trofia administrativa es la consecuencia ordinaria de cada intento de hacer más, de hacer mejor. De ahí gastos enormes, inmensos locales, numeroso personal.

Aparatos grandemente vulnerables incluso por sus mismas dimensiones, que más bien se administran a sí mismos que realizan un trabajo eficaz. Rutinas, reflejos lentos, son sus defectos habituales.

Esa incapacidad de hacer frente a las exigencias diversas de la acción les lleva a especializarse, a limitarse a una o dos formas de actividad presentadas, desde ese momento, como panaceas. Todo se vuelve baldío en torno suyo. Sin que se quiera reconocerlo (1). Se persiste en declarar suficiente, más racional, menos dispersos, al totalitarismo ejercido. Se declaran ilegítimos, rivales, y, por ello, condenables, a todos los que, de hecho, completarían el trabajo (2).

De este modo, por una especie de paradoja, toda concepción

(1) El carácter totalitario y arrasador del sistema francés de Acción católica es, a este respecto, un modelo en su género. Astro que no soporta ningún satélite. Cualquier clase de vida es, como se ha dicho, "participada" (*participée*): Y es significativo ver qué han llegado a ser con este régimen las fórmulas, secularmente probadas, de piedad, de santificación de las almas: órdenes terceras, congregaciones marianas, etc... Por otra parte, sería sorprendente que la Iglesia, después de haber condenado de manera tan radical en lo temporal al unitarismo totalitario, pueda, sin daño, aplicarlo en sus organizaciones.

(2) Ni que decir tiene que el peligro totalitario, el peligro de unitarismo en la acción no empieza sino a partir del momento en el que cada cual tiende a presentar su especialidad como el tono suficiente para el pleno éxito de la acción deseable. El peligro totalitario no consiste, gracias a Dios, en la complacencia que todo buen obrero pueda manifestar por su trabajo particular. No hay nada sorprendente en que un escritor nato tenga un especial gusto al redactar y que un orador nato sienta un gusto especial por la tribuna. Basta que estas preferencias no sean exclusivas. Es conveniente no escuchar demasiado a unos y otros si se esfuerzan en demostrar que sólo los escritores son eficaces, o que no hay como la oratoria para asegurar el éxito. La verdad es que cada cosa en su momento es indispensable. Y una justa formación debe implicar, en absoluto, el empleo inteligente de actividades múltiples y concertadas, cualquiera que pueda ser la especialidad que ejerza cada uno.

unitaria, totalitaria, tiene por efecto un doble resultado... de absorción y de desmovilización.

¿Absorción? Ya que aquélla tiende a anexionar lo que se le acerca o rodea.

¿Desmovilización? Porque, ante su pretensión de hacerlo todo, cada cual tiende a descargarse en ella y a creerse inútil, superfluo. Se pone la confianza tan sólo en el gran organismo central... y se queda uno en casa. De posible actor se convierte uno en espectador. El resultado es que, en muy breve plazo, un pequeñísimo número continúa trabajando y que una multitud de iniciativas, tan diversificadas como adaptadas, desaparece completamente.

¡Pero eso no es todo! El temperamento receloso, la abulia, la vulnerabilidad, propios a todo gigantismo, hacen pronto mella en estas organizaciones. Incapaces de una rectificación súbita, de una reforma, de una renovación, se agitan y se agotan en incidencias secundarias, en cuestiones de precedencia, en querellas de "maffia".

Lo que, dentro del estilo de una acción pluralista y complementaria, sería fuente de iniciativas enriquecedoras, de reacciones dinámicas, se convierten para un espíritu totalitario en dislocaciones y en riesgos de hundimiento.

No se pueden perseguir dos liebres a la vez, dice el proverbio. ¿Pero qué hacer cuando interesa perseguir quince o veinte? La solución es sencilla. Se necesitan quince o veinte cazadores para las quince o veinte liebres.

En el tribunal de la razón pura, la fórmula de una sola organización, encargada de realizarlo todo, es, sin duda, muy seductora. ¡Sería tan cómodo!

No es normal que sólo por razón de facilidad, los miembros de una organización tiendan a esperarlo todo de ella. ¿Hay algo más fastidioso (¡y oneroso!) que tener que inscribirse, cotizar, abonarse, etc., en varios lugares? ¡Qué práctico es concentrar las compras en un "gran almacén"!

Por seductora que sea la imagen, no deja de ser altamente engañosa. Porque si bien es relativamente fácil vender en un

mismo sitio sombreros, cacerolas, lámparas eléctricas o tapices, la experiencia ha demostrado desde hace mucho tiempo que una organización unitariamente concebida no puede llevar a cabo con igual éxito las diversas formas de acción indispensables para el completo triunfo del combate político y social.

Es, por tanto, necesario no dar oídos a los discursos tan frecuentemente repetidos de los que no conciben acción eficaz más que por la fusión de todos los organismos existentes.

Que las exigencias del combate social y político implican una gran unidad, no es lo que se está discutiendo, sino esta confusión de organismos y de funciones que se considera como condición misma de la eficacia y, por ello, del éxito.

Las coaliciones espectaculares no han faltado, sin embargo, en nuestro lado. ¿Qué ha salido de ellas? ¿Ha sido por ellas frenada la Revolución? Todo lo contrario. Parece que ha sabido aprovecharse de lo que esos obstáculos tenían de falaces para franquearlos con tanto mayor impulso, cuanto le habían dado el pretexto para reunir contra ellos al mayor número posible de sus secuaces.

¿No ha sido bastante concluyente la experiencia? Concentraciones formadas apresuradamente en torno de algún personaje de renombre, pero sin unidad doctrinal ni estratégica. Sin preparación seria. Sin cuadros seguros. Ningún trabajo para dar unión duradera a la inflación de efectivos producida desde los comienzos.

El partido católico único.

1. *Amalgamas (bloques) político-religiosos.*

A la luz de lo que precede, es fácil imaginar los peligros que puede ofrecer la fórmula del "partido católico único".

Porque si es bueno que todos los partidos llamados católicos profesen la doctrina católica, sería mejor aún que los partidos, los organismos neutros, estén también animados por la doctrina católica y profesen, aunque sólo fuera inconscientemente, esa misma doctrina.

¿Difícil ambición?

Ni más ni menos que el hecho, tan frecuente, de los católicos que profesan el marxismo sin quisiera darse cuenta de ello.

Es la conquista unificadora de los espíritus la que asegura las grandes victorias, no el unitarismo material de la organización.

Una causa está próxima al éxito total cuando llegan sus tesis a ser profesadas hasta por aquellos que no se consideran adictos a la causa en cuestión.

El estilo de la acción que tiende a reservar el monopolio de una ideología a la irradiación de un solo organismo es, en consecuencia, el más estéril imaginable. Abocado al fracaso metódico. (Tal es el caso de la afirmación de catolicismo combatida con ardor como ilegítima, desde el momento que no cuenta con una autorización o "mandato" oficial.)

Y no se diga que se corre el riesgo, sin ello, de comprometer al catolicismo. Como lo observa Jean Madiran: "Es la marcha ordinaria de la vida y la condición inevitable de la acción. Vigilar este peligro es necesario. Querer suprimirlo radicalmente, sistemáticamente, es condenarse a la inconsistencia, a la inmovilidad, a la nada (...). Porque el error y el fracaso, el compromiso y lo que se ha dado en llamar "amalgama" político-religiosa, no es una especialidad de los laicos (...). Es una especialidad del hombre falible y pecador. En tiempo de Napoleón III, un obispo, en un acto público de su ministerio pastoral, había elogiado la belleza de la Emperatriz, lo cual suscitó la pregunta de un seglar impertinente, que interrogó si la plenitud del sacerdocio confería aptitud particular para juzgar la belleza femenina.

"Sería mejor no tomar por lo trágico ni aquella impertinencia ni esta especie de enseñanza episcopal. (... Pero es que) muchos de los que analizan, a veces con justo espíritu crítico, otras veces con excesiva hipercrítica, las "amalgamas político-religiosas" del pasado; ponen en tela de juicio principalmente, no a los seglares, sino a hombres de Iglesia (...). De tal forma que, centralizando y monopolizando bajo la autoridad directa

de la jerarquía a las actividades abiertamente católicas de la Iglesia, y colocando en una suerte de anonimato religioso las actividades que pertenecen a la libre iniciativa de los seglares, no se resuelva nada con ello. Quizá incluso se agrava la situación. Porque el peligro de la "amalgama político-religiosa" es permanente, pero las amalgamas más tenaces y, sin duda, también los más frecuentes y, probablemente, las más perjudiciales, son las amalgamas inconscientes, debidas a los ambientes del momento, a las modas intelectuales, a las corrientes de pensamiento (y a las propagandas sociológicamente dominantes): es a veces casi imposible, aun para los eclesiásticos, discernirlo inmediatamente. Confiando mayor solemnidad, y un carácter más oficial a las empresas que gocen del monopolio (... de la titularidad de católicas), se agrava la importancia psicológica e histórica de las "amalgamas". En todo caso, se les da una gravedad mucho mayor que si se dejaran correr bajo el nombre católico (cuidando de rectificarlas si viniese el caso) una multiplicidad, una pluralidad, una diversidad de "amalgamas" diferentes y simultáneas en el campo libre de las iniciativas seglares" (3).

* * *

Cuando se está hablando tanto de pluralismo, es curioso comprobar cuán pocos son los que preconizan ese pluralismo a que acabamos de referirnos.

2. *Comprometer a la Iglesia.*

Lo que precede se aplica sin dificultad al partido católico, en la medida de que es único, por no decir "mandatado" o "autorizado".

Una vez hecha la elección de los jefes y suponiendo que ha sido acertada la realidad del partido único, no podrá dejar de ser lo que es, unitaria por naturaleza en un terreno en que la complejidad y la diversidad deben ser ley. De ahí el peligro de una

(3) Jean Madiran, *La cité Catholique aujourd'hui*, págs. 39 y 40.

tiranía católica, tanto más odiosa cuanto más santurrona y sermoneante devenga.

Si la central católica es poderosa —ya que si existe es para serlo— compadecemos a los católicos que no estén de acuerdo con ella.

El poderío de un semejante partido siempre será equívoco. Un Carlomagno, un San Luis, un Luis XIV, fueron reyes cristianos, pero no a ese solo título. O dicho de otro modo, si debían ser respetados por sus súbditos, era sólo como jefes de Estado. La consagración aureolaba su soberanía política como tal, en tanto que autoridad querida por Dios. No hacía de ellos cristianos más ejemplares que los otros, y por ese título, juzgados más dignos de mandar a todos.

Todo riesgo de equívoco se encontraba así descartado. Si se equivocaba Carlomagno o San Luis XIV, no comprometían más que a sí mismos. Por cristianos que fuesen, no se puede negar que eran bien diferentes del organismo de que estamos hablando; organismo tipo, cuya razón de ser es su propio catolicismo. Si se equivoca, el catolicismo será tachado de error. Si fuera derrocado, entonces se proclamará la derrota de la Iglesia.

Y ¿quién se atreverá a garantizar que en un partido así no pueda infiltrarse una quinta columna de elementos dudosos, ventajistas o netamente subversivos?

La fórmula del partido católico único resulta, pues, muy difícil de defender.

No parece tolerable (?) más que en países de infieles o protestantes. En todo país en el que una minoría católica pueda tener interés en hacer frente común para evitar lo peor, en asegurar la defensa de los derechos elementales...

* * *

Pero se sigue insistiendo: los radicales, los socialistas, los comunistas trabajan para el advenimiento de un Estado radical, socialista, comunista. ¿Qué hacen mientras tanto los católicos? Están dispersos en asociaciones políticas, de las que las mejores

no garantizan ni la cuarta parte de lo que una conciencia cristiana tiene derecho a desear. No se ve por ello por qué estará prohibido a los católicos reunirse en partido para ser más eficaces en el servicio de un orden social verdaderamente cristiano.

Pero obsérvese que no se trata estrictamente aquí de un partido católico único. Lo que parece desearse (y es muy deseable, en efecto) es la unión de los católicos en lo esencial, por lo menos de la doctrina social de la Iglesia. Pero no negamos que pueda ser deseable, en ciertos casos, realizar un frente común con todos los católicos de un país (4).

Pero, además de que la forma unitaria podría no ser la más eficaz, aun en esos casos extremos, parece que se intenta realizar aquí una unidad concreta antes que la unidad doctrinal haya ganado los espíritus. Cómo no ver, entonces, que si este partido pretende reunir la totalidad de los católicos quedará destrozado por querellas intestinas, o que, si no lo fuera, es porque sería el partido de un "clan", el partido de una sola "tendencia".

La sola unidad posible de las fuerzas católicas en lo temporal no puede ser otra cosa que la unidad en el "consensus", que únicamente su sumisión a la doctrina social de la Iglesia puede hacer nacer y mantener. Cualesquiera que sean el número y la variedad de sus organizaciones particulares.

"Cuanto más rica es la vida, escribe Dom Delatte, más se manifiesta en una gran variedad de órganos y funciones. Es en los seres vivientes superiores en donde aparece simultáneamente la más rica expansión y la más rigurosa unidad. Un consenso vital estrecho, un vínculo de federación orgánica lleva a conspirar hacia un mismo designio a la gran variedad de energías, atribuye a todos los miembros su parte de trabajo, coordina su acción, los hace solidarios y asegura, de esta forma, el bienestar y el crecimiento de lo viviente..." (5).

(4) Casos límites, en la hora de un peligro extremo, de una necesidad acuciante. Ejemplo: la fundación de la F. N. C. por el General Castelnau, en la que colaboraron parlamentarios de diversos partidos.

(5) Dom Delatte, *Epístolas de San Pablo reintegradas a su medio histórico*. Mame editora, t. I, pág. 356.